

Este domingo leemos en el Evangelio: “Te alabo Padre...por haber ocultado estas cosas a los sabios y prudentes, y haberlas revelado a los pequeños” (Mt. 11, 25). En otra oportunidad, ante la pregunta de los discípulos de quién es el más grande en el Reino de Dios, Jesús, colocando a un niño en medio de ellos, les responde: “el que se haga pequeño como este niño, será el más grande en el Reino de los Cielos” (Mt. 18, 4). Por ello será muy fuerte su expresión con quién los escandaliza: “...si alguien escandaliza a uno de estos pequeños (dice), sería preferible para él que le ataran una piedra al cuello y lo arrojaran al mar...” (Mt. 18, 6).

Podríamos detenernos a señalar cuáles son los aspectos de la vida del niño que Jesús tanto valora; me gustaría hacerlo, pero lo dejo para más adelante. Hoy deseo preguntarme acerca de cuál debería ser nuestra actitud, la **actitud del adulto**, frente a la vida y formación del niño. Haría una primera afirmación crítica: el adulto no siempre acompaña el camino de los niños, es más, muchas veces los escandalizan y empobrecen su futuro. Por adulto entiendo también a la sociedad. El niño no crece en un ambiente de cuidado que lo ayude en su formación. Parecería que el adulto no tiene tiempo, no crea espacios para ello, o no quiere perder su tiempo en acompañarlo.

Es difícil hacer un juicio único sobre la niñez hoy. Las circunstancias son muchas y las generalizaciones pueden no ser justas. A pesar de ello me atrevería a hablar de una situación de orfandad, que va desde lo afectivo hasta la situación de marginalidad en la que muchos viven. A la luz del evangelio el cuidado por el niño es un signo que habla del nivel moral del adulto como de la sociedad. Alguien decía que para valorar a una comunidad, hay que mirar primero la atención que le presta a la niñez y a la persona mayor, al jubilado. Cuando vemos la realidad de la **infancia en situación de riesgo**, es decir, aquella que vive cercana a la marginalidad y la droga, al delito y la violencia, no podemos dejar de pensar en nuestra responsabilidad de adultos.

El niño no necesita grandes cosas de sus mayores, sino **presencia, afecto y ejemplaridad**. Esto es lo que está en crisis, aquello que no se compra y que es decisivo en su formación. El niño reclama algo que depende de nuestra actitud personal. Comprender esto significa concebir nuestra vida como una respuesta que debemos dar, y no vivir sólo pendientes de nuestros gustos. Un rasgo que define al adulto es el ingreso al mundo ético de la responsabilidad, que es lo que permite superar la eterna “adolescencia” de lo que me gusta. Vernos y actuar desde la pregunta del otro. El niño necesita de nuestra madurez, y esto tiene mucho de olvido personal y entrega.

Tal vez en otra oportunidad conversemos sobre aquellos aspectos y riqueza del niño que Jesús tanto valora en el Evangelio. Hoy quise pensar en ellos desde el adulto.

Reciban de su Obispo mi afecto y oraciones, junto a mi bendición.

Mons. José María Arancedo

Arzobispo de Santa Fe de la Vera Cruz